

Vestía el marqués traje de pana inglesa compuesto por un corto bombacho y por una blusa tableada. Ceñía la blusa sobre el talle ancho cinturón con tahalí. Por el tahalí descolgaba un cuchillo de monte. Ajustadas botas de cuero le subían hasta cerca del muslo; una boina de terciopelo cubría su cabeza rapada, dando sombra al rostro aguileño, donde relucían dos pupilas azules y doreaba una barba en cuadro.

Pintura escapada á un lienzo del Tizziano, retratador de Carlos V, parecía el marqués; sombra de uno de los Enríquez que pelearon en Pavía y Otumba, salida del sepulcro para conversar con la dama, para acompañarla hasta los umbrales de la torre.

En ellos se inclinó reverente, despidiendo á la condesa Leonor. Gorra en mano lo hizo, apoyando la diestra en el mango del cuchillo montés.

Crujió la puerta en sus goznes de acero y se cerró de golpe.

Diez siglos crujían y se encerrojaban con ella.

VII

Cuando supo Juanón que María andaba con Manuel en cortejo, juró y perjuró, sacudiendo el aire con los puños y haciendo retemblar el suelo con sus patazas de elefante.

— ¿Con que sí? ¿Con que María aceptaba los requiebros de Manuel, de un casi cuarentón, de un calienta cascós jornaleros, que acabaría malamente, en garrote ó en cuadro, si no le mataba antes la falta de olla y de mendrugo?... ¡Moler con la noticia!... Era pa echarse la escopeta á la cara y coger juntos á los dos y hacer en ellos carambola!... Y ya que no á los dos—al fin la chica era su carne— á él sí. A ella... Buenas varas daban los fresnos pa melecinna de amoríos.

— ¿Qué mala hierba había la mocita pisao? ¿Pa eso apilaba Juanón duros y más duros en el fondo de su arca? ¿Pa eso compraba tierras y se hacía con una hijuela? ¿Pa eso ganó la confianza y el acojo de Don Anselmo?

— No; pa eso no fué. Y no sería, ¡claro que no sería!... Pa que la hija heredara duros y tierras y los juntara con los de un mozo de su igual, hizo Juanón

lo que hizo. A ello se llegaría man que les pesara á los angelitos del cielo. ¡Faltaría que un sin zapatos, viniera con sus manos lavás á tragárselo tó!... Antes echaba los duros al aljibe y sembraba los terrones de sal.

— De buena gana enfrentaría con Manuel pa descuajarle á leñazos el galanteo. Solo que Manuel era mucha gente: puños de oso y corazón de jabalí. Mal lo pasara quien de hombre á hombre le envidara. Habría que buscar otra maña. Por lo pronto, á su mano andaba María. A ésta, si cerdeaba, con un ronزال la espavilaría. A ramalazos sacaríale de las costillas el querer.

María acudió pronta al llamamiento de su padre. Ya llevaba cinco meses de relaciones con Manuel.

—¿Con que esas tenemos?—refunfuñó Juanón.—¿Con que la niña galantea? ¿Con que á los diez y ocho años, da en cortejar con un cuarentón más pobre que las ratas? ¡Puaf!... ¡Sí sería ello un asco! De fijo que es ur cuento. Eso no es verdá. ¿Verdá, tú?

—Verdad es—respondió María—poniendo en el suelo los ojos.

—¿Verdá?... ¡El Dios de allá arriba téngame de su mano!... Vamos, no me tientes y hagas que suceá en la casa una esaborización. ¡Verdá!... ¿Que es verdá?... Ya ves que estoy asosegao; ya ves que entoavía no te he hecho rajas el hocico... ¿Que es verdá, criatura?

—Que le quiero.

—¡Le quieres..., le quieres!... Hay muchas castas de querer. El tuyo es querer de mocita: tontaina y

faramalla. Grano que no prende porque está sin abrir el surco. ¿No es así tu querer?

—No es así.

—¿Cómo entonces?

—Firme. Pa en jamás de los jamases, padre.

—¡Ah!... Pues tú verás cómo lo arreglas, porque esos jamases han de concluir ahora mismo.

—No se arrancan por mandato, ni por voluntad, los quererres del pecho.

—Probaré yo á arrancártelos con las túrdigas.

La fisonomía de Juanón, hasta entonces falsamente acariciadora, se tornó amenazante. Relampaguearon sus pupilas, frunciéronse sus labios, un temblor sacudió sus músculos, y cogiendo de los aparejos mulares, caídos contra el suelo, un ronزال, enderezó hacia su hija:

—¡Ahora mismo, ahora mismo—rugió—me vas á decir, á jurar, que rematarás con ese hombre!

—No.

—¡Que no!... Pues ahí va, mocita, y cuenta que no paro hasta que digas sí.

La bárbara faena empezó. El ronزال crujía contra las carnes de la joven. Cada golpe alzaba un cardenal y precedía á una pregunta: “¿Lo juras?” “No”. “¡Pues siga!” Y el brazo tornaba á enderezarse y á caer, de vez en vez más brutal y más recio.

La mujer no se defendía, no pedía socorro. Con la frente erguida y el terco “No” en la boca, aguantaba los chicotazos.

Sólo cuando amenazaba la cuerda á sus caderas ó á su vientre, extendía las manos, deteniendo el golpe con ellas, sufriendo en ellas el trallazo. Aquella

parte de su cuerpo era sagrada. Ni el padre tenía derecho á maltratarla. A ella propia no le pertenecía ya. Pertenecía á otro, á un ser que dentro de ella germinaba. Días antes anunció su presencia con un débil sacudimiento. Llorando de gozo, tartamudeando de rubor, María se lo dijo á Manuel. No hubiera miedo de que la cuerda azotadora profanase el santuario donde el hijo vivía. Ella sabría defenderlo.

Y lo defendía brava, heroicamente, protegiéndolo con sus brazos amoratados, con sus manos chorreantes de sangre. Toda ella era angustia cuando venía el golpe á sus caderas ó á su vientre; toda sonrisa, cuando, evitado el golpe, rebotaba sobre sus muñecas el ronزال. Siempre que esto ocurría, siempre que con el martirio de su carne evitaba el de la carne nueva, el de la criatura en formación, un resplandor augusto iluminaba los ojos de María. Descompuesto era este resplandor por el llanto que entre los párpados temblaba para formar sobre ellos luminosa aureola, dentro de la cual aparecía, como una hostia de amor, la maternidad dolorida y triunfante.

—¡Me voy, me voy por no hacerte piazos!—gritó Juanón rendido, dolido acaso, de tanto golpear á la joven.—Me voy; pero, por estas cruces, te prometo que ello se acabará. ¡Cristo, si acabará!...

María cayó contra una silla. Estaba destrozada. Sentía correr la sangre por sus hombros; veíala brotar en gotas rubí por las moraduras de sus brazos, por la piel de sus manos donde trazó la cuerda anchos surcos color de lirio.

—No sabría Manuel la salvajada de Juanón. ¿A

qué fomentar odios entre su padre y el de su hijo? Callaría. A bien que sus entrevistas con Manuel se realizaban de noche. De noche y á obscurasno es fácil ver los cardenales. Por lo que hace al dolor, ya se iba pasando. Al cabo de un rato, como nueva: pa recibir otra paliza. ¿Su padre era terco? Ella lo era también... Vamos, terca, no. Es que su padre pedía un imposible. ¡Renunciar á Manuel! ¡Si supiera Juanón!... Ya lo sabría andando el tiempo. Quizá que se ablandara entonces. Si no se ablandaba... Ella no se debía á este padre ya. Se debía al otro, al de su hijo.

Reservando lo del trato de cuerda, refirió á Manuel el disgusto.

—¡Separarnos!—contestó Manuel, rodeando con sus brazos el talle de María.—¿Crees tú que podrá? Cuando es verdadero el cariño, fuerte como nadie es. Verdadero es el nuestro. Más grande hoy que al principio. Hoy nos manda aumentarlo esto que va á nacer. ¡No te aflijas! Los padres hablan por hablar. Llegando las cosas al punto que las nuestras, los padres se conforman. No te tomé para capricho. Por compañera te juré desde el primer momento. Hablaré con tu padre y se convencerá, y terminarán las trifulcas.

A la otra mañana, Juanón, que limpiaba su viña, vió llegar á Manuel por entre unos olivos. ¿Qué buscaría allí? ¿Como viniera á pedirle cuenta de la paliza, las iba á escuchar gordas!

—Tío Juanón—díjole Manuel, acercándose.—Hemos de hablar.

—¿Yo y tú?

— Yo y usted. Como ello debe ser á solas, he aprovechao esta ocasión.

— Hicieras mejor con no venir. De lo que ties tú que hablarme, he dicho la última palabra.

— ¿Quién sabe?... Tenga calma; liemos un cigarro y óigame en buena paz.

— ¿En buena paz á ti que te quies llevar á mi chica y arramblar cuando estire, que estire yo la pata, con toita mi hacienda?

— No empecemos, tío Juanón. Siéntese y escúcheme.

— Habla.

— No mentemos la hacienda. El que me conozca —usted me conoce— sabe que nunca eché cuenta con intereses. Los míos propios desprecié por no disputarlos á mi hermana; y eran míos, cuanto más los ajenos. Lo suyo puede usted guardarlo; disponer de ello conforme se le antoje. Quiero de usted sólo una cosa: su hija. Pero la quiero, óigalo usted, la quiero, porque ella me quiere, porque la quiero yo.

— ¡Callarás!

— Cuando lo hable todo. Ni á ella, ni á mí, hay quien nos separe. No sea terco y démela. Sé trabajar. Donde haya trabajo acudiré. Estos brazos no los rechaza nadie porque no conocen pereza. Tengo una casa allá, en el monte. Pobre y humilde es, pero basta para nosotros. Mi padre y mi madre vivieron y murieron en ella. Sitio hubo en ella para los que nacimos. Déjese de hacer con la cabeza "no". Haga "sí". Cuando usted disponga, María y yo nos ponemos enfrente del juez; firmamos en el libro, y hecho está el casorio y todos felices. ¿Qué responde?

— Que no y mil veces no y cien mil, si las mil te parecen pocas. ¿Crees que vas á entontecerme con discursos como á esos tontos á que pedricas en los mitines? ¡Quiá, hombre, quiá! Sobrao tiempo andé entonteció mientras fui de la sociedad. Menos mal que hurté el bulto á tiempo.

— Para hacernos traición.

— ¡Traición!...

— Usted nos vendió. Usted entregó la lista de los nombres; por usted fueron á presidio muchos hombres de bien. Afortunadamente para usted, soy el único que lo sabe. Por lástima de su hija que iba á quedar sin pan, y de su mujer que era una santa, he guardado el secreto. Ya el daño no podía evitarse. ¿A qué producir otro? Esté tranquilo; pero no me dé en cara con sus duros y con sus tierras. Quizá que los primeros duros amontonados por usted, fueran pago de su traición. Guárdelos, seguro de que no tocaré á ellos nunca. Me repugnaría hacienda con tan malos cimientos.

— Te equivocas; te aseguro que te equivocas—murmuró Juanón, pálido como un muerto.— No os traicioné. Apartarme, sí... No me convenía continuar con vosotros... ¡Traicioneros! Con la mano sobre el pecho te juro...

— No jure. A más, eso no importa aquí. Es otro asunto el que me trae. ¿Consiente en que me case con María?

— No. Vamos... Yo también quiero hablarte en paz, sin enfurruños ni trompiezos. No es por mío, ¿eh? No tengo coco en lo de entonces, porque no hubo de mi parte traición. Luego, hace nueve años

En nueve años mueven mucha agua los molinos. Es porque ni me conviene la boa ni á vosotros tampoco. Yo estoy en que mi hija y mi hacienda ha de llevarse quien tenga tanto como yo, por lo menos. Da ahí no me apea naide. ¿Tú no quíes esa hacienda? ¿Y qué saco en limpio con ello? Pa tirarla ó pa regalarla á los frailes, no la he rejuntao yo. A más, tú no ves claro. Vas á viejo, Manuel. Más cerca de los cuarenta que de los treinta vives. A tu edá está uno bien pa agüelo, no pa padre de criaturas. María tié diez y ocho años. ¡No pué ser, hombre, no pué ser! Ella será joven cuando toques tú los cincuenta. Ya sabes el dicho: "A viejo maridao con joven, no le faltan materiales de peine". Echa tus cálculos y verás que llevo razón. Esto no ha sío por tu parte, más que el aquel de la muchacha. Se te ha entrao por los ojos y á cegar, como un bruto. Por la parte de ella eslumbramiento fué de oírte, juncioncica de pólvora. Ya ves que hablo tranquilo. Vuestro querer es una pamplina, un árbol sin raíz. Afortunaamente, caso formal no hay entre vosotros.

—¿Y si lo hubiera?

—¿Cómo? ¿Qué?—interrumpió Juanón, incorporándose sobre la linde en que estaba sentado.—¿Has dicho, y si lo hubiera?

—He dicho poco. Lo hay.

—¡Lo hay!... ¿Qué es lo que hay?—exclamó Juanón, poniéndose completamente en pie.

—Sépalo usté, ya que se empeña, y con su terquedad me obliga á decirlo. Entre María y yo, hay más que un noviazgo.

—¡Mentira, mentira! ¡Dí que eso es mentira!

—Verdad es.

—¡Pues sí es verdá!...

El viejo, empuñando su azada, hizo planta de levantarla sobre Manuel que, puesto en pie, le miraba hito á hito. No había hecho movimiento alguno; pero en la disposición del brazo y en la vigilancia de los ojos, se veía que estaba pronto á detener el golpe del otro, si éste lo descargaba. Era de hierro el brazo aquel. Juanón lo sabía, y dejando en tierra su azada, murmuró sordamente:

—¡Mentira! ¡Repito que es mentira! Un cuento inventao por la chica y por ti, pa que me dé á partío. Estoy en la treta. A otro perro con ese hueso. Conmigo no hay tús, tús.

—No es mentira. Si no quiere creerme, pregúnteselo al hijo que lleva María en su entraña.

—¡Un hijo!...

La cólera enmudeció á Juanón. Sus ojos parpadaban locamente; por sus labios resécos salía, hecho hipo, el alentar; un gesto de angustia contraía su cara; sus manos arañaban el pechazo peludo, arrugando la camisa entreabierta, estrujando la carne, como si quisieran rasgarla.

De pronto, la cólera estalló. Subía á su boca en borbotones de palabras salpicadas con juramentos y blasfemias.

—¡Un hijo!... ¡Un hijo!... ¡Maldito él, si lo hiciste, y maldita ella, si se le dejó hacer! ¡Lea, más que leal... Entregarse á este canallota que pué ser su padre!... ¡Por supuesto, tú tiés la culpa, tú sólo! ¡Tú eres quien la has engatusao! Y no por querer; por alzarte con mi hacienda, por guardarte mis cuartos.

¡Hipócrita, embustero, ladrón!... ¡Claro, así no hay remedio! Así se coje al padre y, por mor del qué dirán, suelta los patacones! ¿No te dió vergüenza, cochino?... ¡Bien te recrearías! ¡Y ella, la perdía, más que perdía! ¡Miá pa quien lo guardaba!... ¡Ay, no estar yo allí, y tener la escopeta á mano pa tirar de los dos gatillos á la vez y clavetearte el recocio corazón!...

Manuel le escuchaba en silencio, dejándole desfogar la ira. El viejo resoplaba. La billis, derramándose por su piel, tornábala amarilla; una convulsión agitaba su cuerpo; sus manos daban puñetazos á la atmósfera. De pronto se dejó caer contra la tierra, berreando, pataleando, arrancándose á puñados los grises y rebeldes cabellos.

— ¡Un hijo! — repetía — ¡Un hijo!... ¡Un hijo de este pobretón, de este miserable andrajoso! ..

Al pronunciar la palabra "hijo", sacudía los dientes, haciéndolos chocar con estrépito, como si quisiera machacar entre ellos al nieto por nacer.

Súbito calló; apartó del rostro las manos, y se enderezó lentamente. Estaba rígido, sin una contracción. Su voz sonó reposada, calmosa. Era más terrible que su furia, recogida en los ojos, aquella frialdad.

— Conque un hijo! ¡Vaya, hombre, vaya! Que sea norabuena. Aún pués hacerlos. Ná, que te creo. Creo también que esa zorra lo lleva dentro de su buche. Y bien, ¿qué? Lo lleve ó no, no será María pa ti. ¿Te enteras? Aún es menor de edá; mando en ella. Las hijas perdías se encierran con cerrojo y con llave. Los chicos se deshacen; pa eso vive

la tía Gila. Si no se puén deshacer, pronto se pasan nueve meses. El torno de la inclusa es muy grande y no pregunta á sus huespés de ande vienen.

Le tocó á Manuel ponerse lívido. En sus ojos relampagueó la amenaza. Llegóse á Juanón, y sin alzar el tono, mirándole entre ceja y ceja, tocando su pecho con el índice, dijo:

— Deshacer la criatura no podrás. María está para evitarlo. Si cuando nazca el hijo lo arrancas de brazos de su madre y lo echas á la inclusa, tan cierto como el hijo es mío, que te mato, Juanón.

Y girando sobre sus talones, hizo camino á los olivos.